

Antonio Ariño, Premio Nacional de Sociología: “La universidad no elimina las desigualdades; también contribuye a reproducirlas”

El profesor sostiene que las desigualdades sociales condicionan desde el acceso a los estudios superiores hasta el impacto de la dana de 2024 y reclama incorporar mucho más conocimiento sociológico a las políticas públicas.



El Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política, Antonio Ariño. Jesús Císcar

Antonio Ariño Villarrolla (Allepuz, 1953) lleva décadas estudiando la desigualdad en muchos ámbitos de las estructuras sociales. Con una carrera ligada a la Universitat de València, este sociólogo nacido en una familia humilde de un pequeño municipio de Teruel investigó durante años cómo han cambiado los alumnos y las barreras de acceso a la universidad pública. El 29 de octubre de 2024 vivió como otros miles de vecinos de las comarcas valencianas la catástrofe de la dana.

Vecino de Massanassa, Ariño estuvo la tarde de las inundaciones ayudando en las tareas de rescate de personas atrapadas. Días después en la recuperación. Y en la actualidad y hasta que tenga fuerzas, investiga junto a otros sociólogos el impacto del desastre en la sociedad afectada. En 2026, en Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) le ha otorgado el Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política.

El premio es un reconocimiento a toda una trayectoria académica e investigadora. Qué significa para usted?

Es un premio a la trayectoria, pero también a una determinada manera de entender la sociología. El jurado valora la investigación, la docencia, la transferencia de conocimiento y la dedicación profesional. En mi caso, he combinado durante más de dos décadas la investigación y la docencia con la gestión universitaria, y siempre he intentado que estas facetas estuvieran conectadas. Siempre he pensado que la sociología tenía que servir para comprender mejor la realidad y también para mejorar las políticas públicas.

Una de las líneas de trabajo que más ha desarrollado es el estudio de los estudiantes universitarios. Por qué decidió investigarlos?

Porque me parecía una paradoja: la universidad que investiga prácticamente cualquier fenómeno social, pero no estudiaba a sus propios estudiantes. Cuando asumí responsabilidades de gobierno en la Universitat de València impulsé una investigación que todavía continúa, más de veinte años después. El objetivo era analizar tres grandes cuestiones: la desigualdad, la diversidad y la calidad. Queríamos saber si persistían desigualdades en el acceso a los estudios superiores y, sobre todo, si la misma universidad acababa generando nuevas desigualdades. Hoy continuamos haciendo esta investigación dentro de la Red Vives de Universidades después de que el Ministerio dejara de financiar estos estudios, una situación bastante anómala en comparación con otros países europeos.

Y qué han descubierto después de dos décadas de investigación?

La primera conclusión es que quién llega a la universidad ya forma parte de una población seleccionada. El acceso es mucho más amplio que hace cincuenta años, pero continúa existiendo un primer filtro social muy importante entre quien entra y quien se queda fuera. Y esta diferencia no desaparece; al contrario, se amplía a lo largo de la trayectoria académica y también a lo largo de la vida laboral. Pero hay una segunda desigualdad que a menudo pasa más desapercibida: las diferencias entre titulaciones. No es lo mismo estudiar Medicina que Humanidades, igual que no es lo mismo una ingeniería que otras carreras. Cambian las notas de acceso, el origen social de los estudiantes y, más adelante, también las oportunidades laborales, los salarios y las posibilidades de ascenso social. Por eso hace tiempo que defiendo que la idea de la universidad como gran ascensor social necesita ser revisada.



El sociólogo Antonio Ariño, durante la entrevista. Jesús Císcar

¿La universidad ya no es el ascensor social que representaba en los años ochenta?

Yo diría, ante todo, que la metáfora del ascensor social es equivocada. Un ascensor parece que da a todo el mundo las mismas oportunidades de subir y bajar, pero la sociedad no funciona así. Las familias con más recursos difícilmente bajan de posición social aunque sus hijos tengan trayectorias académicas discretas, porque disponen de capital económico y relacional suficiente para mantener su estatus. En cambio, las personas que nacen en las posiciones más desfavorecidas tienen muchas más dificultades para ascender. Hay casos de éxito, evidentemente, pero son excepciones. Durante las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, la expansión de la universidad facilitó procesos importantes de movilidad social. Pero la situación actual es mucho más compleja. La desigualdad tiene una sombra muy alargada y tiende a reproducirse también dentro del sistema universitario.

¿De qué manera?

Pensemos en oportunidades como una estancia Erasmus. Sobre el papel es una experiencia abierta a cualquier estudiante, pero en la práctica muchas familias no pueden asumir todos los gastos que la beca no cubre. Lo mismo pasa con los grados impartidos en inglés. Acceder a menudo es el resultado de años de clases particulares, academias y estancias en el extranjero que solo algunas familias pueden costear. A medida que el sistema educativo madura también aumenta su diversificación interna: másteres, doctorados, programas internacionales... Cada nuevo peldaño incorpora mecanismos de selección que no afectan a todo el mundo por igual. Las diferencias de clase social y también de género continúan presentes a lo largo de todo este recorrido.

En este contexto, ¿qué papel juegan las universidades privadas, que han crecido mucho durante los últimos años?

Son un factor adicional de desigualdad. Las familias con más recursos pueden garantizar a sus hijos itinerarios académicos que les permiten conservar su posición social, incluso cuando los resultados académicos no son especialmente brillantes. Las universidades privadas forman parte de este conjunto de recursos que contribuyen a reproducir las ventajas de origen.

La sociología parece vivir un momento de mucha presencia pública. Cada semana se publican encuestas, estudios demoscópicos y análisis sociales. ¿Es un buen momento para la disciplina?

Hay que distinguir entre la sociología que aparece en los medios, muy vinculada a las encuestas electorales, y la sociología que necesitan las administraciones y las organizaciones para entender la realidad sobre la cual tienen que actuar. Aquí es donde España continúa teniendo un déficit importante. Desde un ayuntamiento medio hasta un ministerio o una gran empresa, habría de haber profesionales de la sociología ayudando a analizar problemas, evaluar políticas públicas y planificar actuaciones. Todavía no existe una conciencia suficientemente extendida sobre la utilidad de este conocimiento.



Antonio Ariño, antes de la entrevista. Jesús Císcar

¿La dana es un buen ejemplo de esta ausencia?

Sin lugar a dudas. Los sociólogos hace décadas que estudiamos la vulnerabilidad social, pero este conocimiento prácticamente no se ha incorporado en la planificación de las emergencias. Cuando hablamos de una catástrofe natural solemos pensar solo en el fenómeno físico, pero también existe una distribución social del riesgo. No todas las personas están igual de expuestas ni tienen la misma capacidad de recuperación.

Los datos de la dana lo demuestran.

Exactamente. Sabemos que una parte muy importante de las víctimas eran personas mayores, que muchas vivían en plantas bajas y que los barrios más afectados coinciden, en muchos casos, con los más vulnerables socialmente. Pienso en el barrio del Xenillet,

en Torrent; en el Parque Alcosa; en determinadas zonas de Alfafar, Massanassa o Algemés. Son barrios que acumulan vulnerabilidades sociales y urbanísticas. Cuando llega una amenaza, estas desigualdades previas multiplican sus efectos. Hace solo unas semanas volví al Xenillet y vi personas viviendo bajo un puente. Es evidente que la reconstrucción no puede limitarse a reparar edificios. También obliga a repensar estos barrios y las condiciones sociales de sus habitantes. Las desigualdades sociales atraviesan todas las grandes crisis: las inundaciones, las olas de calor, los incendios o cualquier otra emergencia. Siempre hay una dimensión social que demasiado a menudo queda en segundo plano.

También hay una proliferación de encuestas de intención de voto elaboradas por empresas privadas. ¿Comparte la sensación que, a veces, se publican más para influir que para analizar?

En este terreno hay que ser muy riguroso. A veces se presentan como representativas encuestas hechas con muy pocas entrevistas, y esto simplemente no es aceptable desde el punto de vista metodológico. Ahora bien, también es cierto que cada vez es más difícil elaborar buenas muestras. El uso generalizado del teléfono móvil ha complicado mucho el trabajo de campo e incluso los grandes institutos demoscópicos tienen dificultades para construir muestras representativas. Por eso hay que analizar siempre cómo se ha hecho una encuesta antes de dar credibilidad a sus resultados.

Pero también hay una utilización política de las encuestas.

Sí. El conocimiento siempre puede utilizarse para orientar la acción política. El problema aparece cuando se confunde información con propaganda o cuando se construyen deliberadamente relatos falsos para influir en la opinión pública. Vivimos un momento en que se fabrican mentiras de manera consciente para condicionar la percepción de la realidad. Lo vemos cada día en el debate sobre la inmigración.



Antonio Ariño, en el cruce entre las calles Cuba y Dénia de València. Jesús Císcar

¿Por ejemplo?

He recorrido muchas de las zonas afectadas por la dana y puedo asegurar que buena parte de las personas que están trabajando en la reconstrucción son inmigrantes. Es una realidad fácilmente observable. Aun así, al mismo tiempo circulan discursos que les presentan como una carga para la sociedad. Es una contradicción enorme. Incluso he escuchado a empresarios que trabajan con mano de obra inmigrante repetir estos discursos sin ningún tipo de autocrítica. La sociología tiene que servir, precisamente por eso: para hacer visibles aquellas realidades que los prejuicios o los marcos ideológicos ocultan.

En el libro *La secesión de los ricos*, que escribió con el profesor Joan Romero, ya advertían el 2017 que las grandes fortunas tendían a desvincularse de los mecanismos de solidaridad colectiva. Nueve años después, ¿aquella diagnosis se ha confirmado?

Sí. Y diría que la situación todavía ha empeorado más. Cuando escribimos aquel libro ya observábamos una tendencia porque las grandes fortunas intentaron escapar de los compromisos fiscales, políticos y sociales que sostienen las democracias. Hoy este fenómeno es mucho más visible. Personajes como Peter Thiel o Elon Musk representan muy bien esta evolución. Han acumulado un poder económico y tecnológico extraordinario que utilizan también para influir en la política y en la vida pública. Es un poder que cada vez tiene menos contrapoderes.

¿Donald Trump es también un exponente?

Claramente. Las políticas impulsadas durante su mandato han significado el desmantelamiento de programas públicos destinados a reducir desigualdades, tanto en los Estados Unidos como escala internacional. Cuando se eliminan programas de cooperación, de salud pública o de vacunación, no estamos hablando solo de un debate presupuestario. Estamos hablando de una determinada manera de entender la sociedad y el papel del Estado. El problema es que, al mismo tiempo, los recursos se destinan a otras prioridades que difícilmente pueden justificarse desde el punto de vista del interés general.

Los impuestos continúan siendo la principal herramienta para corregir las desigualdades, pero cada vez hay más sectores sociales que cuestionan esta función redistributiva. ¿Cómo lo explica?

Hay una irritación social muy profunda que algunos liderazgos políticos han sabido alimentar. Es una irritación que después se canaliza contra los impuestos, contra los servicios públicos o contra la inmigración. Resulta paradójico que tengan que ser, en ocasiones, autoridades religiosas como el papa, quien recuerda principios básicos de solidaridad a dirigentes que se declaran públicamente cristianos. Se ha ido instalando una enorme insensibilidad ante las personas que ocupan las posiciones más vulnerables de la sociedad.

¿Cómo se llega a este punto?

Porque la cultura no es, por definición, un instrumento de progreso moral. Tendemos a pensar que más cultura equivale automáticamente a una sociedad mejor, pero la historia demuestra que no es así. La cultura sirve tanto para construir hospitales como para organizar guerras. Sirve tanto para ampliar derechos como para justificar formas de dominación. Por eso yo hablo de la necesidad de analizar también la cultura de la maldad: los mecanismos culturales que permiten manipular, construir hegemonías ideológicas y normalizar discursos que generan exclusión u odio.

Pero muchas personas acaban apoyando a políticas que objetivamente van en contra de sus intereses materiales.

Esto ocurre con mucha frecuencia. Lo hemos visto en los Estados Unidos con sectores populares e incluso con inmigrantes que han votado Donald Trump. La percepción de los intereses propios no es automática. Las personas interpretan la realidad a partir de su entorno, de los discursos que reciben, de los medios de comunicación y de los referentes culturales que tienen. Yo mismo vengo de una familia muy humilde. Mis padres no imaginaban que sus hijos pudieran llegar a la universidad. Fue la escuela la que introdujo una expectativa diferente. Por eso las oportunidades no dependen únicamente del esfuerzo individual. También dependen de los contextos sociales, de las instituciones y de los imaginarios colectivos.



Antonio Ariño, en un momento de la entrevista. Jesús Císcar

Por lo tanto, también hay una batalla por el relato.

Exactamente. La sociología intenta aportar herramientas para que la sociedad pueda interpretar mejor la realidad. Cuando la ciudadanía comprende cómo funcionan las desigualdades, cómo se reproducen los privilegios o qué mecanismos condicionan las oportunidades, está en mejores condiciones de tomar decisiones libres. Esta es, al fin y al cabo, una de las funciones más importantes de la sociología: proporcionar conocimiento crítico para que las personas entiendan mejor la sociedad en que viven.

Una de las discusiones recurrentes es si una parte de los jóvenes se está desplazando hacia posiciones más conservadoras o de extrema derecha. Los datos parecen apuntar en esta dirección. ¿Comparte esta diagnosis?

No es un tema que haya investigado directamente y, por lo tanto, prefiero ser prudente. Pero sí que observo algunos cambios cuando hablo con profesorado de institutos o con compañeros de la universidad. Hace unos años era habitual que los jóvenes mostraran una actitud muy crítica con la sociedad y con las generaciones anteriores. Aquella actitud solía traducirse en una sensibilidad más próxima a la izquierda. Hoy tengo la impresión de que este espíritu crítico se ha debilitado y que, al menos en una parte de la juventud, aparecen actitudes más conformistas o más próximas a posiciones conservadoras.

¿Lo percibe también dentro de las aulas?

Sí. Durante muchos años yo decía que siempre tenía alumnos más críticos que yo. Era muy estimulante porque obligaban al profesor a revisar constantemente sus planteamientos. Ahora esto pasa con menos frecuencia. Continúo encontrando estudiantes muy comprometidos, pero la sensación general es diferente. Sobre todo, después de la pandemia he notado un cambio de ambiente. Ahora bien, sería un error generalizar. La juventud no es un bloque homogéneo.

También hay muchos jóvenes movilizados en causas como el feminismo, el cambio climático o la defensa de los servicios públicos.

Exactamente. Por eso tenemos que evitar las simplificaciones. No existe “la juventud” como una categoría uniforme. Conviven trayectorias sociales muy diferentes y orientaciones políticas muy diversas. Es cierto que hay indicadores que apuntan a un crecimiento de la extrema derecha entre algunos sectores juveniles. También observamos fenómenos culturales que antes tenían poca relevancia y que ahora se asocian a determinadas identidades políticas. Pero todo esto necesita mucha más investigación antes de llegar a conclusiones definitivas.

¿Qué le gustaría estudiar para entender mejor este fenómeno?

Hoy tenemos muchas encuestas, pero creo que necesitamos volver al trabajo cualitativo. Necesitamos hablar con los jóvenes, escucharlos, comprender sus entornos y sus experiencias. Las cifras nos dicen qué pasa, pero no siempre nos explican por qué pasa. Para entender los cambios sociales hay que entrar en la vida cotidiana de las personas. Al fin y al cabo, esta es también la función de la sociología: ayudarnos a comprender la complejidad de la sociedad antes de emitir juicios o buscar explicaciones demasiado sencillas.
